

## Temporalidad, sociedad e historia: las relaciones peligrosas\*

Carlos Demasi<sup>1</sup>

*“¿Qué es el tiempo? Si nadie me lo pregunta lo sé; si quisiera explicarlo a quien me lo pregunta, no lo sé.”*

*San Agustín*

Para quienes trabajamos en la investigación histórica, no es frecuente que nos preguntemos sobre el tiempo. La carencia es curiosa porque damos por admitido que el tiempo es el eje organizador de nuestra tarea: la sucesión temporal es el ordenamiento más inmediato para el suceder histórico, la dialéctica pasado/presente es la línea de frontera de nuestro oficio. Sin embargo, los historiadores nos dejamos llevar por el tiempo con la misma desaprensión que mostraba el físico del célebre “experimento mental” de Einstein quien, encerrado en un ascensor que caía indefinidamente por el espacio relativista, se preocupaba por registrar el comportamiento de los cuerpos físicos y describir la imagen que presentaba el interior de su infrecuente transporte antes que reflexionar sobre las características de su vehículo o la eventual (y posiblemente catastrófica) finalización del viaje.

Quizá la mejor manera de presentar la temporalidad sería referirse, aunque sea brevemente, a la especialidad de la Historia en cuanto disciplina referida al tiempo. Para las ciencias sociales en general el tiempo es un “estado” y los objetos de su estudio son estáticos en si mismos, independientemente de su situación temporal: los considera como estructuras que pueden ser analizadas como si estuvieran detenidas en el tiempo. Para la Historia, la referencia al pasado implica una distancia con el presente: el pasado es “el medio de representar una diferencia”, una forma de explicar “una grieta que se insinúa en la coherencia científica de un presente”. En esta perspectiva M. de Certeau puede decir que “la operación histórica consiste en parcelar el dato según una ley presente que se distingue de su ‘otro’ (pasado), en tomar distancias con relación a una situación adquirida y marcar así, mediante un discurso, el cambio efectivo que ha permitido tal distanciamiento.”<sup>2</sup> Esto coloca a la dimensión diacrónica como fundamental: la sucesión de acontecimientos permite basar la explicación en una cadena causal en la que los sucesos anteriores, explican a los posteriores, y el “anacronismo” resulta el peor pecado para el historiador. El cambio es su objeto de estudio; si no hay transformaciones que registrar, no hay historia que contar.

F. Braudel señalaba esta diferencia cuando decía que las ciencias sociales construyen “modelos” que luego el historiador “se complace siempre en devolverlo a las contingencias, en hacerlo flotar, al igual que un barco, sobre las aguas particulares del tiempo. Pero al obrar así, el historiador destruye continuamente los beneficios de la

---

\* Agradezco a los profs. Nelly Noboa y Pablo García su amistosa colaboración en la redacción de este trabajo. Por supuesto, las fallas del mismo me son enteramente atribuibles.

1. Profesor de Historia (I.P.A.); Licenciado en Historia (F.H.C.). Investigador del Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos (F.H.C.E.).  
2. M. de Certeau: “La operación histórica”, en Le Goff y P. Nora (dirs.): “Hacer la Historia” Vol. I: “Nuevos problemas” (Barcelona, Laia, 1978), pág. 53.

‘tipificación’, desmonta el barco”.<sup>3</sup> Así la reflexión del historiador a propósito del tiempo se desliza rápidamente a una explicitación de los contenidos finalistas de la experiencia social. Krzysztof Pomian comienza así su artículo “Temporalidad histórica/tiempo” en el diccionario “La nueva historia”: “La forma como la historia confiere sentido al transcurrir, es por medio de la idea de progreso: el presente es superior al pasado y el futuro será todavía mejor.”<sup>4</sup> Desde la primera línea es la utopía, una visión del tiempo “desde adentro”, la que asume el centro del relato devorando la consideración del tiempo como objeto.

Podemos afirmar entonces que la temporalidad es una categoría que se impone permanentemente en el trabajo histórico, reflejada a través del acontecer: “tiempo” es el marco en el que se inscriben los acontecimientos históricos, al extremo de llegar a suponer que eran “pueblos sin historia” aquellas sociedades donde no existe alguna forma de registro temporal, un lugar del tiempo detenido donde cada gesto se repetía indefinidamente, siempre igual a sí mismo.

Esta concepción “ingenua” se ha visto transformada (recién en este siglo) por una reflexión más matizada. El tiempo ha perdido su carácter absoluto y se ha incorporado también como un “hecho histórico” en sí mismo: descubrimos entonces que las formas de medir el tiempo son recursos empleados por las sociedades para intentar su control, y que los calendarios y otras modalidades “científicas” de pautarlo expresan relaciones de poder social; igualmente, las sociedades y (por qué no) también los historiadores, han tratado de buscar un sentido a ese viaje temporal, un punto de llegada a ese peregrinar histórico. Por último, ya no hablamos del tiempo en singular, sino de *los tiempos* en la medida en que tomamos conciencia de que existen ritmos de cambio histórico diferentes que reclaman formas de investigación y descripción también diversas. Sobre estos temas se referirá este artículo.

### **a) El tiempo como marco**

Desde el comienzo de la historia como disciplina, el tiempo es el eje estructurador. La alusión al “tiempo” pone en relación a dos o más acontecimientos diferentes por medio de relaciones de simultaneidad y sucesión. Para eso utiliza una herramienta de uso habitual en la sociedad: el calendario. Así como las sociedades miden el tiempo por medios astronómicos, el historiador se recuesta a ese “tiempo absoluto” para elaborar un relato de los sucesos ocurridos en el pasado.

Recurrir al calendario permite darle una escala fácilmente inteligible a su relato. Toda la sociedad comprende perfectamente y ubica sin dificultad los acontecimientos que se relatan en algún momento de un ausente (pero inteligible) momento del “pasado”. Esta forma de presentar el trabajo histórico es simplemente el reflejo de una forma de concebir la tarea del historiador: una operación que tiene como objetivo la reconstrucción del pasado a partir de la relación de los hechos “tal como efectivamente sucedieron” o teniendo como horizonte “la narración completa del pasado”: en definitiva, si uno ordena los documentos adecuados en el orden que fueron producidos, necesariamente debemos tener por resultado una reconstrucción “veraz” de lo sucedido.

Este relato en el que el tiempo aparece como el ordenador de todos los sujetos históricos, se origina en una combinación de Historia con la política. Casi no se concibe una forma de relato histórico que no se encuentre en estrecha relación con el Estado; y así como la historia tradicional era un relato de los hechos de las dinastías, también la

---

3. F. Braudel: “Unidad y diversidad de las ciencias del hombre”, en “La Historia y las Ciencias Sociales” (Madrid, Alianza, 1970), págs. 209-210.

4. K. Pomian: “Temporalidad histórica/tiempo”, en J. Le Goff, R. Chartier, J. Revel: “La nueva historia”. Col. Diccionarios del saber moderno (Bilbao, Ediciones Mensajero 1988), pág. 590.

historia “positivista” está estrechamente ligada al Estado, al que se vincula por su cronología, sus herramientas, sus documentos, sus objetivos. En último término se trata de la misma concepción del trabajo del historiador como relator de acontecimientos “memorables”, irrepetibles, realizados por hombres excepcionales y que señalaron el curso de los hechos posteriores.

Esta forma de manejar la temporalidad vincula necesariamente al trabajo del historiador con las concepciones del tiempo que tienen vigencia en la sociedad, y este aspecto no es tan sencillo como a primera vista puede parecer porque no existe una “tiempo universal” sino que la forma de concebir el tiempo coincide con una determinada perspectiva social. Para algunos sectores sociales (marinos, campesinos, sectores populares en general), el tiempo es cíclico: cada año se reiteran las mismas situaciones, una y otra vez. A la estación de la siembra seguirá la de las cosechas, a la época de tormentas le sigue la época de calmas, y así indefinidamente. El calendario cumple aquí una función social específica: separar la época en que conviene preparar las sementeras de la época en la que comenzar tales trabajos sería condenarse al hambre; indicar cuando conviene llevar el buque a seco y cuando hay que tenerlo arbolado y pronto. Todo ello pautado por las mismas fiestas establecidas con un ritmo invariable, porque significan también la época de pagar el censo señorial y el diezmo eclesiástico. La idea de temporalidad cíclica se impone necesariamente.

Sin embargo, para los grupos dirigentes el tiempo es de otra índole. Paralelamente al tiempo cíclico (considerado como un mecanismo para atrapar al campesino en el calendario “el tiempo de la naturaleza y del trabajo, el tiempo del amo, el tiempo de la iglesia”),<sup>5</sup> existe un “comienzo” del grupo social (que implica un tiempo en el que el conjunto todavía “no era”), seguido de una coetánea de acontecimientos “únicos” protagonizados por individuos en el pasado, que merecen recordarse porque definen la organización social del presente: una “genealogía” que vincula a los grupos dirigentes actuales con los héroes de antaño. Esto adjudica otra dimensión a la conflictiva percepción del tiempo en la sociedad. J. R. Gillis enumera las diferencias entre una y otra concepción del transcurso temporal: “El tiempo de la élite coloniza y ayuda a construir los límites de territorios que hemos venido a llamar naciones. Pero el tiempo popular fue más local y episódico, consolidando [...] ciertos ‘Grandes Días que surgieron del tiempo como colinas de la tierra, marcando centros, dejando límites que dirigen la atención’. Este no es un tiempo que pueda ser contenido en términos fijos. Ha sido medido no desde sus comienzos sino desde sus centros: “Desde los Grandes Días, el tiempo se extiende en ambos sentidos, hacia atrás y hacia adelante, para formar estaciones; las estaciones forman años, años perdidos para el tiempo”.<sup>6</sup>

Un tiempo que arranca “ab urbe condita” es necesariamente lineal y conduce hasta el presente. Esto reclama el surgimiento de una “cronología”, una manera de vincular los acontecimientos sucedidos en un espacio social delimitado, con alguna forma de recuento del tiempo “absoluto”, uniforme y homogéneo. No es necesario hacer referencia a su transcurrir, que se da como sobreentendido; solamente alcanza con pautarlo de acuerdo con algún estándar socialmente admitido. Ambas concepciones del tiempo coexisten sin dificultad, ya que existe una dimensión escatológica proporcionada por la religión en la que ambos tiempos terminan confundándose.

El surgimiento de la “Historia científica” implicó la adopción de una normativa metodológica adaptada al estudio del pasado. Para construir verdadera historia, “es

---

5. J. Le Goff: “El orden de la memoria” (Barcelona, Paidós, 1991), pág. 193.

6. J. R. Gillis: “Memory and Identity: the History of a Relationship”, en J. R. Gillis (ed.): “Commemorations. The politics of national identities” (Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 1994), pág. 6.

indispensable que el pasado, considerado como real y decisivo, se estudie seriamente: en la medida en que el tiempo transcurrido se considere digno de atraer la atención, que se le atribuya una estructura, en que se den algunas huellas actuales, es necesario que todo el discurso que se refiere al pasado pueda establecer con claridad por qué, en función de cuáles documentos, de cuáles testimonios, dar una versión y no otra de esa sucesión de acontecimientos. Es especialmente oportuno poner sumo cuidado en la fecha y localización del episodio, dado que éste no adquiere su carácter histórico sino en la medida en que resulte así determinado”.<sup>7</sup>

Insensiblemente la historia adoptó los criterios cronológicos tradicionales para construir sobre ellos un relato “científico”, es decir, apoyado en documentos indiscutibles. Y éstos, por esencia, son los producidos por el Estado (no es casual que la historia científica coincida con el desarrollo de los Estados nacionales en el siglo XIX); por lo tanto, los hechos relevantes son aquellos que también lo son para el Estado y la cronología fundamental es la que enmarca los acontecimientos políticos. Pero éstos ahora adquieren una dimensión diferente: no son la raíz de una identidad genealógica familiar sino que se las considera patrimonio de todo el colectivo social, ahora convertido en “nación” por encima de sus diferencias. A través de la combinación de diversos mecanismos de reproducción social el tiempo se transforma en un absoluto, compartido (consciente o inconscientemente) por toda la sociedad.

La adopción de la cronología como marco de desarrollo puede compararse con la adopción de un lenguaje “literario” (distinta de la comunicación estrictamente técnica utilizada por otras ciencias sociales), como una de las opciones que facilitaron la difusión de las obras históricas entre el “gran público”; tengamos presente que esta relación es esencial en la práctica histórica considerada como expresión de la realidad social en la que se origina. Pero la elección del marco cronológico implicaba algunos riesgos, de los que los historiadores no parecen haber sido plenamente conscientes; y uno de sus mayores inconvenientes resulta de adoptarlo acríticamente. El historiador considera a la cronología como un “campo neutral” donde acontecimientos diversos pueden ponerse en vinculación sin que sufran ningún tipo de distorsión; pero con ello asume inconscientemente la carga política y el sesgo cultural implícitos en el marco temporal adoptado. El calendario no es el simple reflejo de los movimientos celestes, ya que estos no son reducibles a una escala común: ni el año solar ni el ciclo lunar pueden expresarse en un número exacto de días terrestres. Son necesarios algunos ajustes; y la elección de estos está fuertemente condicionada por la sociedad en la que se elaboran: por lo tanto, no existe el modo de elaborar un calendario “exacto” sino que este se construye a través del prisma de las estructuras sociales que presiden su creación. El calendario puede verse como el esfuerzo de las sociedades humanas para “domesticar” al tiempo natural,<sup>8</sup> y transformarlo en una herramienta para la reproducción social; y esta función se trasmite insensiblemente a la investigación histórica.

Quizá no sea muy disculpable esta situación; puede pensarse que para los historiadores debió haber sido evidente el carácter irreal de la aplicación del tiempo newtoniano a las sociedades humanas: algunas subdivisiones del calendario no tienen ninguna base astronómica (la semana, la hora) y son simplemente el resultado de determinadas condiciones sociales: intentos del poder (religioso, político, económico) que acentúa algunos ritmos del acontecer para controlar más estrechamente la actividad de la sociedad. El cambio de la pauta horaria que se verificó en occidente a comienzos de la época moderna hubiera reclamado una explicación incluso a investigadores

---

7. F. Châtelet citado por Le Goff: “Pensar la historia” (Barcelona, Paulos 1991) pág. 182.

8. Le Goff, “Pensar...”, pág. 14.

(demasiado) preocupados por el acontecer político. También el calendario revolucionario aplicado en Francia desde el 22 de setiembre de 1792 mostraba con rotunda elocuencia la estrecha vinculación entre cronología, calendario y política; sin embargo, tales hechos fueron considerados simples anomalías producidas por la vorágine revolucionaria (algo equivalente a la implantación del amor libre) o un resultado del desarrollo científico que permitía sustituir una pauta horaria “errónea” por otra “más exacta”. La aparente evidencia de un tiempo universal era demasiado fuerte en la Europa de los nacionalismos y de la expansión imperial como para aceptar cuestionarla por algunas disonancias.

### **b) El tiempo como utopía**

Como vimos, la cronología (entendida como “arte de fijar las fechas”) cumple una función esencial como apoyo de la Historia, y su instrumento principal es el calendario. Este está más vinculado con la cultura que con la naturaleza y es el reflejo del esfuerzo de las sociedades por romper el estrecho marco del ciclo (diario, estacional) y transformarlo en tiempo lineal, o por lo menos ampliar la duración de los ciclos: aparecen entonces las eras, los lustros, las olimpiadas, etc. Pero la búsqueda de sentido que implica la elaboración del relato histórico hace muy difícil el manejo de la idea de una acumulación temporal sin sumarle la existencia de un “destino”, una época de “fin de los tiempos” o de promesa realizada que sería el punto de llegada del decurso histórico. La imagen del pasado se impone al historiador como la representación de “lo que falta”, dice M. de Certeau; y agrega: “Un grupo, ya se sabe, no puede expresar lo que tiene ante sí –lo que aún falta– más que por una redistribución de su pasado. Igualmente la historia es siempre ambivalente: el lugar que delimita al pasado es igualmente una manera de *dar cabida a un porvenir*. Como vacila entre el exotismo y la crítica en razón de una puesta en escena del otro, oscila entre el conservadurismo y el utopismo por su función de significar una carencia”.<sup>9</sup> Una historia presidida por una visión escatológica implica una forma de organizar el tiempo y de seleccionar en él los sucesos “relevantes”, es decir, aquellos que adelantan en el camino que conduce al final prometido. Esto contribuye a darle sentido al transcurrir: sobre la expectativa de acontecimientos esperados, “una mentalidad dada no ordena solo los acontecimientos futuros sino también los del pasado. Los acontecimientos que se presentan, a primera vista, como una pura sucesión, asumen, si son observados desde este punto de vista, el carácter del destino”.<sup>10</sup> Esto introduce un elemento muy plástico en la concepción del tiempo, particularmente en la idea de futuro y aun en la de pasado (considerado generalmente como inmutable en cuanto ya consumado).

El origen de la historia como disciplina se vincula con la idea del tiempo cíclico; manifiesta la intención de conservar el recuerdo de los acontecimientos humanos hasta que los mismos vuelvan a repetirse. Así lo confiesa explícitamente Tucídides; su objeto era “el exacto conocimiento de los hechos que no sólo han ocurrido realmente, sino que están destinados a repetirse aproximadamente en toda humana probabilidad. He tratado de producir una contribución permanente al conocimiento”.<sup>11</sup> Esta idea común a casi todas las sociedades occidentales fue sustituida posteriormente por la idea de temporalidad lineal, que considera a las sociedades como ubicadas en un punto del recorrido desde un “origen” a un “final”. No podemos disminuir la importancia del cristianismo en la difusión de la idea de un final de la historia, un transcurso iniciado

---

9. M. de Certeau, cit, pág. 53.

10. K. Mannheim según Le Goff, “El orden...”, pág. 83.

11. Tucídides: “Historia de la guerra del Peloponeso”, Libro I cap. 23.

por la encarnación y terminado con la parusía; pero en la misma concepción cristiana coexisten dos visiones antagónicas del desarrollo temporal: por un lado aquella que destaca el poder divino, para el cual todo el acontecer ya se encuentra predeterminado en la mente de Dios (lo que implica una forma de predestinación); por otro, la que destaca la libertad del hombre como permanente constructor de su destino. La imagen del tiempo representado como “muy grandes tres ruedas: la primera, inmóvil, es el pasado; la segunda, giratoria, el presente; la tercera, inmóvil, el porvenir”, que J. L. Borges adjudica a un autor europeo<sup>12</sup> se corresponde exactamente con la concepción del tiempo como definitivamente prefijado; el futuro está tan construido como el pasado, y solo espera su momento para ponerse en funcionamiento. Por el contrario para San Agustín existe un solo momento, el presente, que incluye al pasado y al futuro: “Así, mi puericia, que ya no existe [...] en tiempo presente la intuyo, porque existe todavía en mi memoria. [También] nosotros premeditamos muchas veces nuestras futuras acciones, y que esta premeditación es presente, no obstante que la acción que premeditamos aún no existe, porque es futura”;<sup>13</sup> esta se inscribe también dentro de la concepción cristiana aunque contradice puntualmente a la anterior. Pero esta ofrece una perspectiva más rica porque introduce una dimensión del tiempo como imaginario, desde donde puede proponerse no solamente la idea de un “destino” sino también una causalidad no-cronológica, que invierta el orden temporal: la segunda guerra mundial es el origen de la primera guerra mundial, o el estalinismo la causa de la existencia del marxismo-leninismo. Esta perspectiva arroja una luz diferente sobre la tarea del historiador: integra un presente que reconstruye constantemente la historia; por lo tanto hace impensable (a pesar de la muy compartible intención de Tucídides) la realización de una obra definitiva que transforme en cosa juzgada los acontecimientos del pasado.

La ruptura escatológica del ciclo temporal será el marco donde se inscribirá la idea iluminista del “progreso”, y esta a su vez será el molde en el que se verterán las utopías (verdaderas escatologías laicas) de los siglos XIX y XX. Cuando la idea de una permanente reiteración se vea sustituida por el concepto del tiempo lineal, la idea de “fin de los tiempos” que introducirá un fuerte factor ideológico en el relato histórico: de hecho, puede construirse una historia que demuestre como necesario el camino que nos llevará a la concreción de la utopía, así como en la hagiografía medieval el nacimiento de un santo estaba siempre precedido por un conjunto de signos que señalaban (a aquellos que “sabían ver”) la inminencia del gran acontecimiento. La realización de un relato de tales características no es una tarea tan sencilla como puede parecer: la preceptiva metodológica pone algunas trabas difíciles de remover; pero la trampa está preparada para atrapar al investigador incauto.

Aunque la aparición de una perspectiva utópica dotó de un nuevo sentido al relato histórico, no necesariamente tal contaminación representa un pecado irredimible: por su misma existencia la historia simboliza un límite, y por ende, hace posible una superación, un ir más allá.<sup>14</sup> Buena parte de la investigación histórica tiene un objetivo social, un “proyecto” que la trasciende y a cuyo servicio se coloca: es imposible proclamar el futuro triunfo de la democracia o del socialismo sin mostrarle al conjunto social sus signos premonitorios o las fundaciones ya preparadas para soportar el magno edificio. Aquí se apoya una forma específica de pautar el tiempo, la “periodización”, que es propia de la historia: todos conocemos la división académica de la experiencia humana en “antigüedad”, “edad media”, “época moderna”, etc. Las transformaciones sociales de los pasados dos siglos han obligado a extender espasmódicamente los

---

12. Citado en “El tiempo y J. W. Dunne”.

13. San Agustín: “Confesiones” Libro Undécimo capítulo 18 (23).

14. M. de Certeau, cit, pág. 53.

períodos (“época contemporánea” y aún “siglo veinte”), lo que ha puesto en evidencia su inconfeso objetivo finalista en cuanto supone que la experiencia histórica es una continua preparación para el presente. Estas formas de manipulación (de los documentos, de los tiempos) están implícitas en la definición del trabajo histórico y no involucran el tema de la “objetividad del historiador” que necesariamente corre por otra vía.

La concepción del tiempo incide necesariamente en las relaciones entre las dos visiones del pasado que coexisten en una sociedad: la memoria y la historia, lo que implica una ordenación jerarquizada de “tiempos” sociales diversos. Los grandes momentos vividos (o imaginados) por la sociedad deben tener un marco cronológico, aunque sea en un pasado o futuro utópico, y los diversos sectores sociales y aun la sociedad en su conjunto tienen una imagen de su posición en el mundo a través de una concepción del tiempo, pautada de acuerdo con la concepción dominante. Si la idea de “utopía” recorre todo el cuerpo social como la idea de “tiempo”, debe entonces analizarse con las mismas segmentaciones sociales ésta: si en una sociedad coexisten diversas concepciones del tiempo también deben coexistir diversas utopías sociales; aunque estas no sean visibles a simple vista porque la utopía dominante oculte la existencia de otras. La memoria colectiva aparece entonces como un elemento importante en el conjunto social: es la que preserva la imagen del tiempo que interesa al grupo para definir su identidad colectiva; la que les permite reconocerse en el conjunto del colectivo social. Esto implica la existencia de una lucha por el control de la memoria social, por el dominio del recuerdo y la tradición, que se manifiesta de múltiples formas: desde la re-significación de celebraciones y la elaboración de contra-discursos hasta la represión abierta; y en esa lucha el relato histórico juega un papel no despreciable. Pero el objeto del trabajo de la memoria no es el mismo que el de la historia: la memoria apunta a salvar el pasado sólo para “servir” al presente y al futuro;<sup>15</sup> es en ese sentido una gran constructora del tiempo social; por su parte la historia apunta más a “comprender” el presente, lo que introduce una dimensión crítica en su tarea.

Quizá como pocos, el caso uruguayo nos muestra un ejemplo de manejo del tiempo según una concepción social dominante. Recordemos que la historiografía uruguaya muestra una periodización en la que del caos primigenio de la vida independiente surge progresivamente un estado organizado y eficiente, democrático y capaz de asegurar la libertad y el bienestar a sus ciudadanos. En ese sentido son “tiempos fuertes” las etapas orgánicas (la paz de abril de 1872, el “civilismo”, el primer batllismo), y tiempos “oscuros” las interminables guerras civiles o las ocasionales dictaduras. El relato todo conduce a una visión autosatisfecha de un Uruguay estable y próspero, coincidente con la imagen que la sociedad uruguaya tenía de sí misma a mediados del siglo.

### **c) El tiempo como pluralidad**

El concepto clásico de un tiempo histórico homogéneo ha sufrido una fuerte transformación en el último medio siglo con la aparición del concepto que maneja la diversidad de tiempos. La formulación más conocida, la que plantea hace ya tiempo F. Braudel, introduce “tiempos diversos” donde la “larga duración” ha venido a ocupar el lugar central desalojando al acontecimiento (reducido ahora al concepto de “tiempo corto”). La larga duración hace referencia “a una historia casi inmóvil, la historia del hombre en sus relaciones con el medio que le rodea; historia lenta en fluir y transformarse, hecha no pocas veces de insistentes reiteraciones y de ciclos incesantemente reiniciados. No he querido olvidarme de esta historia, casi situada fuera del tiempo, en contacto con las cosas inanimadas, ni contentarme tampoco, a propósito

---

15. Le Goff, “El orden...”, pág. 183.

de ella, con las tradicionales introducciones geográficas de los estudios de historia [...] Por encima de esta historia inmóvil se alza una historia de ritmo lento [...] que nosotros llamaríamos de buena *gana*, si esta expresión no hubiera sido desviada de su verdadero sentido, una historia *social*, la historia de los grupos y de las agrupaciones. [...] Finalmente, la Tercera Parte, la de la historia tradicional o, si queremos, la de la historia cortada, no a la medida del hombre, sino a la medida del individuo, la historia de los acontecimientos, de François Simiand: la agitación de la superficie, las olas que alzan las mareas en su potente movimiento”.<sup>16</sup> Creo que en este párrafo de “El Mediterráneo...” de F. Braudel, generalmente olvidado por la formulación más sistemática que hizo el propio autor en 1958<sup>17</sup> se expresan en el frenesí del descubrimiento (este Prólogo es de 1946) todas las potencialidades que encerraba el concepto: “historia casi inmóvil”, “casi fuera del tiempo” que sirve de sustento a una verdadera “historia social” definida como “la historia de los grupos y de las agrupaciones”. Al leerlo se comprende la desgana con que Braudel enfrentó la elaboración de la Tercera Parte, que define como “una relación de algunas precisiones útiles y utilizables contenidas en mi fichero” cuya redacción (como confiesa sin empacho) “me ha aburrido un poco”.<sup>18</sup>

La investigación histórica posterior ha desarrollado esta idea tan rica en posibilidades, en las direcciones sugeridas por el mismo Braudel ya en 1946: la aproximación a la geografía, a la economía, a la sociología y a la antropología, toma un nuevo sentido al encontrar una zona común donde un tiempo “casi inmóvil” permite por fin apresar a las estructuras y combinar los “estados” de las ciencias sociales con el transcurrir temporal. Mucho más que un cambio metodológico, esta transformación significa una modificación radical en la forma de ejercer el oficio de historiador: implica la desaparición de la idea de un eje privilegiado, el de los acontecimientos irrepetibles necesariamente protagonizados por los “grandes hombres”, y la incorporación de las masas al relato. La “historia estructural”, ha señalado Le Goff, es una historia que involucra a poblaciones enteras, claro reflejo de una época en la que las resoluciones individuales pueden afectar a buena parte de la población de la tierra (guerra mundial, “revolución cultural”, etc.); por lo tanto, tiene sentido estudiar las formas permanentes de relación que subyacen detrás de los actos cotidianos para hacer posible la explicación. F. Braudel ya era consciente del peso de las masas en su concepción del tiempo histórico: “Nosotros, hombres modernos, vamos siendo cada vez más sensibles a la presencia de fuerzas de masa, cuyo origen y cuya dirección no acertamos a comprender con toda claridad, pero de las que tenemos la sensación que nos desbordan”, confesaba en la “Conclusión” de su obra inicial.<sup>19</sup>

El concepto de “larga duración” permite a los historiadores eludir la fugacidad de un gesto para observarlo como estructura de comportamiento, y analizar a través de él a la sociedad en el que se inscribe. Los actos infinitamente repetidos por infinitas personas a lo largo de muchos años pasan a ser “hecho histórico”, lo que permite arrojar luz sobre la parte de la historia que quedaba al margen del estudio tradicional: precisamente aquella que ocupa el mayor tiempo de actividad de los integrantes de un grupo social. En este sentido una “historia preocupada por las masas” no es ya una versión adaptada

---

16. F. Braudel: “El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II” (México, FCE, 1953), T. I: “Prólogo a la edición francesa”, págs. XVII-XVIII.

17. Publicado originalmente como “Histoire et sciences sociales: la longue durée” (Annales E.S.C., n.4, oct.-dic. 1958) y reproducido con el título “La larga duración” en F. Braudel: “La historia y las ciencias sociales” (Madrid, Alianza Editorial, 1970), págs. 60-106.

18. F. Braudel: “El Mediterráneo...”, T. II: “Conclusión”, pág. 549.

19. Id, pág. 548.

de la historia tradicional (el repaso de la vida y las acciones de la elite de dirigentes revolucionarios, transformados en “los grandes hombres” del relato) sino una construcción que tiene a las masas como centro: sus condiciones de vida y de trabajo, sus rutinas cotidianas, sus utopías.

La incorporación de las masas implica una fuerte democratización en la temática, que será acompañada por el reclamo de un lugar por los excluidos: las mujeres, los jóvenes, los negros, los pobres, los delincuentes: el comportamiento de grupos “marginales” deja de ser anomalía en el funcionamiento social y pasa a adquirir jerarquía a través de determinadas regularidades que son registrables por aparatos de medida lo suficientemente sensibles como para registrar sus modificaciones a través del tiempo. Igualmente, combinado con otros fenómenos contemporáneos (el antiimperialismo, la descolonización, la crisis de la conciencia europea) representará la incorporación a la historia de los “pueblos sin historia”: se comprende ahora que su exclusión se debía “ante todo, a una idea recibida: nada habían hecho de notable, nada habían producido cíclico duradero, antes de la llegada de los blancos y de la civilización [...]. De una forma diferente, había filósofos que situaban fuera de la historia a las sociedades privadas de Estado –expresión manifiesta de la investigación y de la permanencia de un sentido– o todas cuantas, repetitivas o agitadas sólo en el caos, no laboraban para una construcción querida, consciente, progresiva”.<sup>20</sup>

Muchas cosas tienen que haber cambiado en la percepción europea del mundo para que surja una autocrítica como ésta; pero el párrafo muestra con claridad como el nuevo concepto de temporalidad sirve de vehículo para incorporar al relato histórico toda la profunda transformación de la conciencia moderna: historias del cuerpo, del alimento, de las mentalidades, de los diferentes segmentos etarios. Títulos como la “Historia del Purgatorio” de J. Le Goff, o la “Historia del pene” de J. P. Aron hacen imaginable una “Historia del Edipo en occidente” o la concreción de la “discusión entre críticos literarios, historiadores y sociólogos respecto a las clasificaciones de los psicoanalistas” que propuso Braudel como ejercicio interdisciplinario en 1960.<sup>21</sup> Esa “historia de las mentalidades” la aproxima a la psicología, pero desde una perspectiva compleja: la “mentalidad” cambia con el tiempo, y esto implica necesariamente la “historización” de todos los aspectos sin considerar a ninguno como “innato” o “permanente”: al analizarlo como productos “históricos” supone que aparecieron en algún momento y que posiblemente desaparecerán en algún futuro más o menos distante.

Una transformación tan profunda implica nuevos desafíos. En principio, “la historia” se ha multiplicado en “las historias” y esto ha planteado un problema aun no resuelto: dos relatos históricos que analicen el mismo momento del pasado pueden presentar al lector una diversidad de paisajes casi irreconocible. ¿En qué punto se tocan la historia de la vida privada en la época moderna con la evolución de las estructuras comerciales en la misma época? ¿Cómo recomponer la unidad de la experiencia humana dentro de la explosiva diversidad que presenta la reconstrucción histórica? Todavía es un tema no resuelto la identificación (o aun la posibilidad) de una temporalidad que sirva de marco a una postulada “historia global”. Por otra parte, ¿puede evitarse que esta multiplicación de la temática histórica no despierte la alarma de las demás ciencias sociales ante lo que parece un rebrote del tantas veces denunciado “imperialismo” de la historia?

En este plano el problema parece menos serio. Ya Braudel defendió a los historiadores argumentando que “toda ciencia social es imperialista hasta cuando niega serlo: tiende a presentar sus conclusiones a modo de visión global del hombre”.<sup>22</sup> Por

---

20. H. Moniot: “La historia de los pueblos sin historia”, en J. Le Goff y P. Nora (cit.), págs. 117-118.

21. F. Braudel: “Unidad y diversidad...”, cit, pág. 210.

22. Id, pág. 202.

otra parte parece difícil proponer la realización de un trabajo interdisciplinario si no ponemos en un fondo común nuestras herramientas conceptuales; aunque, como dijera alarmado un colega, “una cosa es invitar a sumergirnos en la interdisciplinariedad y otra muy distinta apropiarse de la piletta y arrojarnos a todos en ella”. Pero aunque estos temas sigan abiertos a la discusión, hay algunos cambios que parecen irreversibles: no se puede hablar de “el tiempo de la historia” sino de una multiplicidad de procesos con su “tiempo” intrínseco; ya no hay “historia” sino “historias”; “no hay historia sin epíteto” y la oposición entre tiempo cíclico o lineal pierde su carácter antinómico: ambos conceptos aparecen vinculados y se resuelven según la diferente concepción del tiempo que se adopte; de hecho, para el historiador es más interesante desentrañar la relación entre ambas que asumir el compromiso con una de las opciones.

#### **d) ¿Una escatología finisecular?**

Quizá el repaso de estas reflexiones sobre la temporalidad histórica deje pendiente algunos problemas que se manifiestan en la sociedad actual. Las crisis provocadas por las guerras, la bomba atómica, etc., separaron el tiempo histórico de los valores del “progreso”, pero ha dejado un vacío que la historia como tal no puede llenar y que la sociedad se encarga de cubrir; y como ya dijimos antes, en cuanto la historia es una “práctica social” la concepción del “tiempo” que la sociedad tiene influye poderosamente sobre la producción del historiador. Quizá como un resurgir de los milenarismos, se proclama frecuentemente la proximidad de una catástrofe general o el advenimiento triunfalista del “final de la historia”.

Algunas realidades actuales (la crisis energética, el crecimiento demográfico, el cambio climático) imponen con demasiada fuerza la inminencia de cambios radicales en el funcionamiento de la sociedad como para descartarlos sin más. Otros, en cambio, parecen más explicables: la idea de un “fin de la historia” aparece cada vez que se resuelve un conflicto que se muestra como eje central en la época: la difusión del cristianismo en la edad media hizo proclamar el advenimiento del “reino de Dios”, la derrota de Napoleón ambientó la aparición de un “concierto europeo” para frenar definitivamente el progreso de las ideas revolucionarias, y el triunfo de los aliados sobre el militarismo alemán sirvió de marco al anuncio de que esa guerra “ponía fin a las guerras”; también la caída del socialismo posibilitó un prematuro anuncio del “fin de la historia”. Quizá como una prueba indirecta de la realidad de un “tiempo cíclico”, las grandes rupturas históricas provocan la sensación de ruptura del decurso temporal: “Las conmociones de la Revolución y el Imperio, al hacer tabla rasa del pasado, habían interrumpido largamente el curso regular de la historia. *Hubo un antes y un después*”, señala P. Ariès aludiendo a una de esas fracturas;<sup>23</sup> y también la aparición de nuevos esquemas explicativos (vinculados con nuevas utopías) ambientan un nuevo ciclo de eufórica expansión (“somos los primeros en comprender el pasado”).<sup>24</sup> Sin embargo, es evidente que la crisis de las utopías ha traído como resultado que la historia ha perdido control sobre el tiempo y ya no tiene la seguridad de antaño para definir la meta hacia donde se dirigía la humanidad.

En el nivel local, esa crisis tiene una manifestación propia. Quizá como una versión uruguaya de la sensibilidad posmoderna, aquella imagen triunfalista de un país que

---

23. P. Ariès: “La historia ‘científica’”, en “El tiempo de la historia” (Argentina, Paidós, 1988), pág. 232. Subrayado en el original.

24. Fragmento de una carta de Albertine de Broglie a P. de Barante, fechada en 1825 y citada por M. Gauchet en “Les *Lettres sur l’Histoire de France* d’Augustin Thierry”; en P. Nora (dir.): “Les lieux de mémoire”, II: “La Nation” (Francia, Gallimard, 1986), pág. 247.

avanzaba siempre hacia el logro de mayor bienestar para sus ciudadanos se quebró al influjo de la crisis económica y del impacto de la dictadura militar; y ese trauma social se manifiesta en una “fractura del tiempo”: aquí también, como en la Francia post-revolucionaria, hay un antes (el “Uruguay de Maracaná”) y un después, el de la dura realidad actual, separadas por un hiato temporal representado por la dictadura. Frente a ese conflicto la investigación histórica tiene una grave dificultad para reconstruir la continuidad: el relato histórico tradicional no proporciona elementos de nuestro pasado que permitan explicar el advenimiento de la dictadura, lo que acarrea como consecuencia la imposibilidad de explicar históricamente el presente. En estos momentos es oportuno recordar una reflexión que hiciera J. L. Borges en 1943 a propósito de la idea del tiempo cíclico: “En tiempos de auge la conjetura de que la existencia del hombre es una cantidad constante, invariable, puede entristecer o irritar; en tiempos que declinan (como éstos), es la promesa de que ningún oprobio, ninguna calamidad, ningún dictador podrá empobrecernos”.

## **Resumen**

El autor plantea distintas aproximaciones al concepto de temporalidad como producto de una construcción social.

De esta manera y tomando al tiempo como marco (histórico), como utopía o como una pluralidad, se van desgranando las diversas posturas que se han ido sucediendo.

Una primera actitud del historiador ha sido un relato de los hechos “tal como efectivamente sucedieron” en aras de la reconstrucción del pasado pretendiendo concluir en aquello que tiene el valor de la veracidad.

El autor señala la ingenuidad inherente a esta actitud ya que no hay modo de elaborar un calendario exacto sino que este se construye a través del prisma de las estructuras sociales que presiden su creación.

En la ruptura del tiempo lineal “la historia” se multiplica en “las historias” y así “dos relatos históricos que analicen el mismo momento del pasado pueden presentar al lector una diversidad de paisajes casi irreconocible”.

Así la oposición entre tiempo cíclico y tiempo lineal pierde su carácter autonómico y aparece una labor, donde el historiador busca desentrañar sus múltiples relaciones antes que asumir el compromiso con una sola de las opciones posibles.

## **Summary**

The author establishes different approximations to the concept of temporality as a social construction product.

In this way and taking time, as historical frame, as a utopia, or as a plurality, the different postures which have been succeeding, go beating out of the grain.

A first attitude of the historian has been the reporting of the facts “such as effectively succeeded”, to make possible the reconstruction of the past, and looking forward to conclude in that, which has the value of veracity.

The author remarks the ingenuousness inherent to this attitude, while there is no way to elaborate an accurate calendar, because this is constructed through the prism of the social structures which go before its creation.

In the rupture of the lineal time, “the history” multiplies itself into “the histories”, and so “two historical reports that analyze the same moment of the past may lead the reader to a diversity of views almost impossible to recognize.

In this way, the opposition between cyclical time and lineal time loses its autonomous temper and appears a labor, where the historian tries to find out its multiplex relations, before to assume the compromise with only one of the options.

Descriptores: HISTORIA / CONSTRUCCIONES / TIEMPO / GENEALOGÍA / PODER / DISCURSO / SOCIEDAD